

## Un Sábado por la Noche

*Alfonso Rodríguez*

University of Northern Colorado

Cuando éramos estudiantes universitarios hacíamos lo indecible para que nos rindiera la pobre mensualidad de la beca pero muy apenas nos alcanzaba para lo más esencial. Y la escasa ayuda que con mucho sacrificio nos mandaba de vez en cuando la familia se nos esfumaba como el humo. Al principio nos volvíamos puro lamento hasta que nos llenamos de vergüenza y mejor dejamos de hacerle a la llorona. Una noche, cuando Felipe y yo llevábamos ya varias horas de preparación para una prueba de matemáticas, tomamos un descanso, hicimos una cafetera de café y agarramos las guitarras para despejar un poco las mentes atestadas de números y fórmulas. En eso llegó Jacinto de la biblioteca. Le gustó cómo estábamos armando espontáneamente un potpurri de boleros. Seguimos así por unos diez minutos, y luego nos interrumpió.

—Se me acaba de ocurrir una idea ATM, y quiero hacerles una proposición. ¿Qué tal si formamos un trío y nos contratamos pa cantar en nuestro tiempo libre? Podríamos cantar en las cantinas, en bodas, en quinceañeras, en pachangas, llevar serenatas, en fin... Tendríamos que ensayar muy duro, pero yo creo que podríamos ganarnos nuestros cueritos de rana. ¿Qué dicen?

—Pos órale carnal, juega el gallo, dijo Felipe.

—Estamos más quebrados que los diez mandamientos. Así que, nada perdemos con hacerle la lucha a la gordita, dije yo. Lo que se ha de pelar que se vaya remojando.

Y manos a la obra. Empezamos a ensayar todas las noches y a construir un repertorio variado de rancheras, corridos, boleros, vales, huapangos, cumbias. Agarramos parejo. Al cabo de varias discusiones, acordamos que nos daríamos a conocer con el nombre de “El Trío Los Callejeros.” Iniciamos aquella aventura un poco tullidos, pero con mucho tesón la cosa se fue poniendo buena poco a poquito. Según la canción que nos pidieran, imitábamos mucho al “Trío Tariácuri,” a “Los Panchos,” a “Los Tres Ases,” a los “Los Tecolines” y a varios otros grupos, pero andando el tiempo, fuimos desarrollando un estilo propio. Nos iba muy bien. Ganábamos alguna plata los fines de semana y empezamos a vivir de manera más desahogada. En las quinceañeras y en las serenatas siempre nos pedían canciones apropiadas para la ocasión como boleros románticos o uno que otro vals. En las cantinas, era otro cantar. Allí, por lo general, pegaban más las rancheras y los corridos. Empezamos a hacer roncha con el pequeño negocio. Un día, decidimos ir a nuestro pueblo a visitar a la familia y a probar nuestra suerte en las cantinas de Glassville. En nuestro

pueblo desequilibrado de diez mil habitantes, había sólo unas ocho iglesias, pero unas cincuenta y cuatro cantinas. Decidimos ir a probar suerte a ver si nuestros paisanos eran capaces de apreciar el talento artístico que estábamos desarrollando.

Ese sábado por la noche realizamos un maratón musical. Hicimos el recorrido de las cincuenta y cuatro cantinas con muy buena fortuna. En todas partes nos pedían corridos y rancheras y uno que otro bolero. Decidimos dejar el *Veteran's Place* para el final, para cerrar con broche de oro nuestra primera gira nocturna en Glassville. El *Veteran's Place* era el establecimiento de vicio más atractivo del pueblo. No digo antro, porque lo que sea de cada quién, el lugar tenía cierta elegancia comparado con los otras cavernas decrepitas y malolientes. Era espacioso, y en el centro del techo había un paracaídas color perla que adornaba la pista de baile. En las paredes azul celeste colgaban diversos accesorios militares de la Segunda Guerra Mundial y de la Guerra de Corea: uniformes de soldado, granadas, pistolas, ametralladoras, cartucheras, cantimploras y muchas fotografías. El lugar parecía un verdadero museo. Llegamos allí cerca de la medianoche, y el ambiente estaba encendido. Luego lueguito dejó de funcionar la sinfonola, y nos empezaron a pedir canciones. *Llegó borracho el borracho, pidiendo cinco tequilas*. Nos fuimos cantando de mesa en mesa y recogiendo buenas propinas. ¡Orale, chavos, vénganse p'acá, y aviéntense "*La que se fue*." Corridos y rancheras, rancheras y corridos. *Puedo comprar mil mujeres, y darme una vida de gran placer; pero el cariño comprado, ni sabe querernos, ni sabe ser fiel. Yo lo que quiero es que vuelva, que vuelva conmigo, la que se fue*." Un borrachín pelagatos se quiso pasar de listo y dijo para alburearnos: "Cuando acaben allí se vienen p'acá y se echan "*Como un perro*." Y nosotros haciendo caso omiso de los albuces seguíamos cante y cante y recogiendo propinas de diversas cantidades. A cada cliente le dábamos lo que pedía. "*No por Dios no te me vayas te lo ruego, que la vida como un perro pasaré, sin hablarte, sin reñir, sin un reproche, sólo tirado a tus pies de día y de noche*." Hubo una excepción a la norma. Alguien nos pidió una canción romántica. Un ebrio que estaba brindando con sus compañeros por un amor perdido, nos llamó a sus mesa, me puso un billete en el bolsillo y me dijo: "¿Se saben '*Nunca*' de Guty Cárdenas?" "Seguro que sí, le dije. Ahí le va." *Yo sé que inútilmente te venero, que inútilmente el corazón te evoca. Pero a pesar de todo yo te quiero, pero a pesar de todo yo te adoro, aunque nunca besar pueda tu boca*. Llegamos a la última mesa, que quedaba aislada en un rincón y que encabezaba nada menos que don Flavio Rendón, hombre de costumbres rudimentarias, que veía el mundo en blanco y negro, y personaje de mecha muy cortita. Como yo era el portavoz del trío, me dirigí a él para ofrecerle nuestros servicios.

Muchos le tenían cierto recelo a don Flavio y preferían guardar la distancia porque era un hombre muy apartado del bullicio a quien, con raras excepciones, no le interesaba asociarse con la gente del pueblo. No porque estuviera enemistado con nadie sino porque era de criterio muy independiente, y prefería mantenerse alejado de las intrigas políticas que mantenían al pueblo en constante ajeteo. Era propietario de un rancho llamado *Los Cuatro Vientos* y se dedicaba a la ganadería. Tenía fama de excéntrico y atrabiliario. En varias ocasiones había herido a disparos a muchachos del pueblo porque no cumplían con sus exigencias en el trabajo del rancho. Casi nadie quería trabajar en *Los Cuatro Vientos*, y el viejo se veía obligado a importar mano de obra indocumentada. Un día le ordenó a uno de los muchachos locales que amansara un bronco, y el muchacho, lleno de pavor por su inexperiencia y por la dura prueba a la que había sido sometido, lo montó, acatando la

orden del patrón. Y en el primer reparo que dio el bronco, el pobre desgraciado echó la maroma y cayó de nalgas todo avergonzado. Menos le dolió el golpe que la humillación. Y de pilón, don Flavio le disparó con la carabina despedazándole un tobillo. Al muchacho lo tuvieron que llevar al hospital para enyesarle el tobillo, y luego con una curandera para curarlo de susto. Hasta la fecha, cojea al caminar. Y nunca más se volvió a parar en *Los Cuatro Vientos*. Don Flavio trabajaba como burro y exigía otro tanto de sus vaqueros. Y los parcos elogios que dispensaba eran para los mojados. Decía que eran los mejores trabajadores y nunca se cuarteaban. Ellos le tenían un gran afecto porque los trataba con generosidad y siempre terminaba arreglándoles los documentos de inmigración para que trabajaran legalmente. Dos de ellos lo acompañaban al pueblo cada sábado a tomarse unas copas.

Se decía por allí que estaba pasando don Flavio por una profunda depresión a pesar de que hacía más de dos años de la muerte de su esposa, quien al cabo de numerosos esfuerzos médicos, había sucumbido en su batalla contra el cáncer del hígado. Para don Flavio fue como si le hubieran desgarrado el alma. Doña Remedios, que así se llamaba la difunta, era una esposa ejemplar. Era el tipo de persona que caía bien al instante, lo opuesto de su marido. Servicial, de dulces costumbres, alegre y optimista. En muchas ocasiones lograba convencer al cascarrabias de don Flavio a que la llevara a los bailes del *Salón Campestre* y a las jamaicas de la iglesia *El Sagrado Corazón*. En treinta y cinco años de matrimonio nunca tuvieron ni un sólo altercado, porque con ella, él era muy complaciente. Eran la perfecta unión de opuestos. Al año y medio de guardar luto, don Flavio ya no pudo soportar más la soledad. Se llevó a una mujer a vivir con él al rancho, pero con aquel arreglo sólo consiguió acarrearle mayores complicaciones. A los seis meses despidió a la mujer porque, según él, “no le llega a Remedios ni siquiera al huesito sabroso.” Ni sus dos hijos casados, ni sus nietos, lograban sacarlo del oscuro laberinto en que se encontraba. Se volvió huraño y exigente con todo el mundo. Sólo cuando se sentaba a beber unas copas los sábados por la noche el licor le destrababa la lengua y le suavizaba el rostro de granito. En esas ocasiones le daba por cantar con la sinfonola y platicar con sus vaqueros, con Saturnina la cantinera o con algún amigo que le quedaba en el pueblo. Así era como intentaba escapar de su soledad.

Cuando Jacinto, Felipe y yo nos acercamos a la mesa y me di cuenta quién era el que estaba allí con aquellos mojaditos lampiños, de rostros oscuros y mirada torva, que parecían indios purépechas de Michoacán, me entró un titubeo momentáneo. Ya sabía yo de qué pata cojeaba el viejo. Pero vencí el temor y de buena gana le dije:

—Díganos don Flavio, ¿cuál le cantamos? El se puso de pie muy lentamente, como si estuviera representando una escena en una pieza de teatro. Toda su indumentaria era de color negro. Portaba pantalones de mezclilla muy apretados, chaqueta larga de gamuza, sombrero tejano de fieltro, botas nuevas bañadas de polvo, y un bigote canoso estilo Venustiano Carranza que le tapaba la boca. Me apuntó con el índice y me dijo en tono pausado y con absoluta seriedad:

—Les voy a pedir una canción, pero me la van a cantar como a mí me gusta. Es mi preferida, ¿oyeron?, y no quiero que me la vayan a estropear porque me voy a ofender muchísimo. Si la cantan bien, a cada uno le voy a dar una propina bien gruesa. Pero si la cantan chueca—en eso sacó de la bolsa interior de la chaqueta una pistola calibre 22 y la

apuntó hacia mí—les voy a llenar la panza de puro plomo a los tres. Y voy a comenzar con usted muchachito, que es el que me está cayendo más atravesao. Así que ya saben a qué atenerse. ¿Entendido?

—Sí don Flavio, entendido. Así por la buena ni quién diga nada, le contesté. No sé ni cómo se me salió esa frase irónica. Por suerte, él ni se inmutó.

Al mirarme, los ojos de Jacinto y de Felipe querían desprenderse de sus cuencas. Y a mí me agarró una tembladera involuntaria en las quijadas y una debilidad en los brazos y las corvas que casi se me cae al suelo la guitarra. Yo sabía que don Flavio era capaz de cumplir con la amenaza si acaso nosotros metíamos la pata al cantarle su canción. Y p'acabarla de fregar, al viejo ya se le habían pasado las copas. Y él ahí, esperando una respuesta, con la pistola en una mano y con la otra alisándose los bigotes, muy quitado de la pena. Pensé: “A lo mejor sería bueno decirle que ya es muy noche y nos tenemos que ir, que nos están esperando en casa, que en otra ocasión le cantamos todas las canciones que se le antojen, y sin cobrarle ni un quinto. O mejor deberíamos decirle que no sabemos la canción aunque sea una de las que hemos estado cantando toda la noche. Sabrá Dios cómo querrá el viejo que se la cantemos.” Pero caí en la cuenta de que esos razonamientos no podrían convencer ni siquiera a un muñeco de porcelana. Entonces, una vez que pude controlar un poquito la tembladera, se me ocurrió preguntarle:

—Oiga don Flavio, ¿y qué tal si no nos sabemos la canción que usted nos pide?

—No señor, ustedes a güevo me la van a cantar. Esta noche no me pueden fallar. ¿Oyeron? De aquí de esta mesa no se van sin cantar. Bien o mal, ustedes tienen que cantarme mi canción. Si la cantan bien saldrán premiados. Pero si la cantan mal, les dejo la barriga como red de pescadores. Y nos clavaba la mirada con esos ojos de tecolote hipocondríaco.

Yo pensé: “Bueno, pos que sea lo que Dios quiera. Quién nos manda andarnos metiendo entre las patas de los caballos.”

—¿Y cuál es la canción, don Flavio?, le pregunté ya resignado a todo.

—“*La barca de Guaymas*,” contestó. Todavía hasta hace poco yo la cantaba con una voz fuerte y sostenida. Pero ya mi voz no es la de antes. Por eso quiero que me la canten y que le echen ganas. La sinfonola de este changarro mugroso no tiene esa canción. Y a mí se me ha metido entre ceja y ceja que esta noche quiero escuchar mi canción preferida.

—Bueno, don Flavio, permítanos un momentito, le dije. Por mi mente pasó como relámpago un pensamiento: “Qué raro que un hombre de costumbres tan toscas prefiera una canción como ‘*La barca de Guaymas*.’ Pero bueno, esas son las paradojas de la vida.” En seguida, me llevé a Jacinto y a Felipe aparte para conferenciar. Sabíamos la letra de la canción pero nunca la habíamos ensayado, porque nunca pensamos que nos la fueran a pedir. Casi siempre nos piden de esas rancheras enchiladas, llenas de despecho y

malquerencia. *Nunca pensé que esa cara me fuera tan traicionera.* O si no, corridos que cuentan alguna tragedia, como el de “*Rosita Álvarez.*” Sin embargo, muchas veces la habíamos oído en el radio interpretada por Pedro Infante o por Los Tres Calaveras. Es una canción bellísima, que por omisión, nunca se nos ocurrió hacerla parte de nuestro repertorio. No obstante, como nos encontrábamos en un verdadero aprieto, nos pusimos de acuerdo en que íbamos a tener que improvisar procurando imitar a Los Tres Calaveras, que era el mejor modelo que teníamos. No nos quedaba otra alternativa.

—“Bueno don Flavio, aquí le va su canción,” le dije. Entonces arranqué yo con la introducción en el requinto, y luego entramos las tres voces. En torno a nosotros se formó una bola de curiosos y empezaron los murmullos y los cuchicheos. Saturnina, la cantinera, y Doroteo, el dueño del *Veteran’s Place*, fueron y se plantaron junto a don Flavio, pero no se atrevieron a intervenir cuando éste colocó la pistola sobre la mesa y se sentó a escuchar la canción. Con movimientos simultáneos, que parecían ensayados para la ocasión, los mojaditos apresuraron su tequila, se recargaron sobre el respaldo de la silla y nos clavaron la mirada como cuervos en acecho, como si en el fondo estuvieran deseando que fracasáramos.

Nos olvidamos de todo y nos concentramos en lo que íbamos a cantar. Ya si no, era cuestión de vida o muerte, o por lo menos de una estancia prolongada en el hospital. La primera estrofa salió de maravilla. *Por tantos pesares mi amor angustiado llorando te llama; y te hallas muy lejos y sola, muy sola, se encuentra mi alma.* Después, con un movimiento de cabeza, le hice la seña a Jacinto para que entrara él solo en la siguiente estrofa. Y el bato agarró bien la honda y se aventó como pocas veces. Yo me hice a la idea de que estábamos cantando en un concierto ante un público sobrio, fino y bien educado y no ante una cáfila de borrachines que buscaban ahogar sus penas con el alcohol. *¿De qué región vienes que has hecho pedazos tus velas tan blancas? Te fuiste cantando y hoy vuelves trayendo la muerte en el alma.* Jacinto terminó la estrofa de forma realmente conmovedora, con su voz finísima que muchos envidiaban. De pronto, noté que don Flavio estaba haciendo unos pucheros un poco estrambóticos, que en vano trataba de ocultar. Luego vi que se le empezaron a rodar unos lagrimones del tamaño de gotas de chubasco. Yo interpreté aquello como un buen augurio. Saturnina se dio cuenta que el viejo estaba conmovido por nuestra interpretación de “*La barca de Guaymas,*” y de buenas a primeras, se echó un grito como lechuza despavorida. Y por mi mente pasó un pensamiento como relámpago: “Cállate, vieja loca, no la vayas a regar, y entonces nosotros somos los que la llevamos.” Pero no, el viejo siguió emocionado, haciendo pucheros y sin poder detener el torrente de lágrimas. Quién sabe qué emociones resucitarían en el fondo de su ser.

Entramos a la última estrofa acoplando bien a bien las tres voces, ya mucho más confiados. *Yo soy el marino que alegre de Guaymas salió una mañana; llevando en mi barca como ave piloto mi dulce esperanza.* Los mojaditos parecían gemelos que estaban sincronizados por algún mecanismo invisible. La expresión hosca se les fue desdibujando simultáneamente cuando notaron el cambio en don Flavio. Por un momento pelaron las dentaduras que parecían mazorcas de maíz añejo. Y luego se pusieron serios otra vez. El viejo seguía ensimismado oyendo la canción y derramando un llanto que acaso habría estado suprimiendo desde hacía muchos días. *Por mares ignotos mis santos anhelos hundió la borrasca; por eso están rotas mis velas y traigo la muerte en el alma.* Después terminamos con

el estribillo y ya para entonces don Flavio tenía el pañuelo empapado de lágrimas y se estaba sonando las narices con una servilleta que le había dado Saturnina. Al terminar, los tres nos inclinamos para hacerle una reverencia. El dejó de hacer pucheros y se puso muy serio. Tenía los ojos irritados y la mirada vidriosa. Empuñó la 22 que había colocado sobre la mesa, se puso de pie con mucho dramatismo, apuntó hacia el techo y disparó un tiro tras otro hasta que el revólver quedó vacío. Después lo guardó en la bolsa interior de la chaqueta. Doroteo, nomás se jalaba los pelos y exclamaba:

—¡Qué barbaridad, hombre! ¡Qué barbaridad!

Entre los parroquianos se disipó la tensión y hubo profundos suspiros de desahogo, gritos y carcajadas. Saturnina se acercó y le dio un abrazo fuerte a don Flavio, y le dijo:

—¡Bien haya, don Flavio, bien haya! ¡Benditos los pechos que lo amamantaron! ¡Esas lágrimas son de pura gente noble! ¡Que viva don Flavio! Y de nuevo: bulla, gritos y chiflidos que llenaron el ambiente del *Veteran's Place*.

Don Flavio les dio instrucciones a los mojaditos para que nos pagaran. Y después nos dijo:

—Espérense, todavía no hemos terminado. Quiero que sepan, muchachos, que la canción me llegó hasta el mero fondo del alma. Sí señor. Y me hizo comprender muchas cosas. Por vía' e Dios que sí. Pero este es nomás el comienzo. Vamos a dejar este changarro apestoso y nos vamos p'al rancho. Quiero que me canten la canción toda la noche a la luz de la luna hasta que canten los gallos. Aquí Cástulo y Domitilo nos van a tener lista una barbacoa para el desayuno. Ellos, con una actitud distinta a la de antes, se sonrieron amablemente con nosotros mientras Domitilo me contaba los billetes sobre la mesa.

Bajo tales circunstancias, no nos quedó más remedio que aceptar la invitación. Don Flavio empezó a caminar con las piernas flojas sosteniéndose de Cástulo y Domitilo. Y nosotros los seguimos pensando en lo que nos esperaba allá en *Los Cuatro Vientos*.